

CUARTA PARTE.
EL BAJO IMPERIO.

CUARTA PARTE.
EL BAJO IMPERIO.

CAPÍTULO I.

LA DECREPITUD ROMANA Y LA BARBARIE GERMÁNICA.

§ 1.—El Bajo Imperio.

La invasion de los Bárbaros, la caída del Imperio romano, las conquistas de los Árabes, esas grandes revoluciones que ocupan la primera parte de la Edad Media, parecen desmentir la doctrina del desarrollo progresivo de la humanidad. Las inteligencias ilustradas extrañan la barbarie que invadió la Europa con los pueblos del Norte; la brillante civilizacion de la Grecia y de Roma deja paso á la ignorancia y á la brutalidad en las costumbres. ¿Cómo ha de constituir un progreso el paso de la luz á las tinieblas? Las almas religiosas se sienten llenas de tristeza al ver la cuna del cristianismo en poder de los enemigos de la Cruz, y las cátedras de Gregorio, de Crisóstomo, de Agustín, convertidas en mezquitas: ¿cómo ha de ser un progreso la destruccion de la religion cristiana por el islamismo?

Más adelante diremos cuál fué la mision del Bajo Imperio. Para el historiador filósofo los anales de Constantinopla, aunque sumamente desagradables, presentan el mayor interes. Diríase que la Providencia ha querido presentar á la humanidad el espectáculo de un Imperio rico, poderoso, pero que perecia por haberse corrompido los elementos de la vida, para hacer ver á los pueblos en qué viene á parar la cultura material é intelectual sin la libertad. Estudiemos el Imperio griego bajo este punto de vista; el gobierno

providencial y la marcha progresiva de la humanidad resaltan con mayor evidencia.

¿Debemos deplorar la invasión de los Bárbaros como un momento de detención en el desarrollo intelectual del género humano? La respuesta sería demasiado fácil, si comparáramos los resultados á que condujo la civilización romana con los que produjo la barbárie germánica; esto sería establecer un paralelo entre la muerte y la vida. Ninguno de los que deploran la ruina de la cultura antigua despues de la invasión de los Bárbaros, querría cambiar la decadencia bizantina del siglo xv con la civilización vigorosa y llena de porvenir que salió de la Edad Media bárbara. Es menester establecer una comparación más directa entre la barbárie germánica y la civilización romana. En el siglo vi los hombres del Norte son dueños de la Europa. Constantinopla no ha visto aún los Bárbaros dentro de sus muros; posee las obras maestras de la literatura griega; heredera de Roma, encuentra en aquella herencia el derecho que ha hecho la grandeza del pueblo rey. ¿Qué provecho ha sacado de estos tesoros? La barbárie es casi tan grande en Constantinopla como en la Europa bárbara. Los mismos escritores griegos atacan á los emperadores iconoclastas como enemigos de las luces; echan en cara la ignorancia á la familia de Heraclio, el desprecio de las letras á la dinastía Isauria. Y cuando los Césares no protegen á los sabios, reina la ignorancia. Las letras no tienen más refugio que el colegio imperial de Constantinopla. El presidente de este colegio se llama el *astro de la ciencia*; los doce profesores representan *los doce signos del Zodiaco*; pero esta ciencia sublime no existe más que en la pompa ampulosa de los títulos. Fué preciso que los Árabes impusieran á los emperadores griegos un tributo de manuscritos, para que los descendientes degenerados de los Helenos sintiesen la vergüenza de su ignorancia. El emperador Leon recibió el bello nombre de Filósofo, no por su sabiduría, si no por su afición al estudio: su hijo, Constantino Porfirogeneta, escribió obras políticas é históricas. Los sabios encontraron protección en aquellos Césares ilustrados. Pero ¿qué vale una civilización intelectual que se extingue cuando la corte es bárbara, y que no se reanima sino cuando la corte protege la ciencia?

No habia iniciativa ni vida propia en la literatura del Bajo Imperio. El hombre más notable del siglo ix entre los griegos, Focio, á quien sus enemigos mismos reconocen elevada inteligencia, es conocido en el mundo literario por su *biblioteca*, análisis de 280 autores, historiadores, oradores, filósofos y teólogos. Otra compilación presenta la historia de Grecia y de Roma, resumida en 53 títulos. El capítulo de las *Virtudes* y de los *Vicios* y el de las *Embajadas*, que aún se conservan, prueban que aquella obra carecia completamente de originalidad. Viene despues la turba de escoliastas y de comentadores; esta riqueza se parece mucho á la miseria. Los Griegos de Bizancio leían y compilaban; no tenían ya fuerza para pensar. Durante los doce siglos que vegetó su imperio no hicieron dar un paso á la ciencia, no añadieron una idea al tesoro intelectual de que eran depositarios. La Grecia habia brillado por el culto de la forma; lo bello era su ideal, y aún pudiera decirse su religion. ¿Qué diferencia de Atenas á Constantinopla! Sófoeles, Jenofonte, Platon, hubieran entendido difícilmente el lenguaje de sus descendientes. Palabras gigantescas, frases pesadas y embrolladas, imágenes discordantes, falsos adornos, no son bastante para ocultar el vacío del pensamiento. La prosa presenta una hinchazon poética, y la poesía es más trivial que la prosa; aquellos eternos comentadores de Homero han olvidado hasta las reglas de la prosodia. ¿Qué dirémos del espíritu que animaba á los historiadores y á los oradores? Sabían de memoria á Demóstenes y á Tucídides; podían enseñar los sitios en que Leónidas habia combatido al gran rey con trescientos ciudadanos de Esparta (1); pero patria, independencia, nacion, eran para ellos palabras cuyo sentido no comprendían. Un vergonzoso servilismo destruía la libertad de la inteligencia, y sin la libertad no hay vida. El pensamiento no podia ejercitarse más que sobre los misterios del cristianismo, pero en esto encontraba nuevas dificultades; las fórmulas de la fe ortodoxa encadenaban la teología; bien pronto la filosofía religiosa no fué más que una disputa de palabras presidida por la lógica de Aristóteles (2).

(1) CONSTANTINO PORPHYROGENETA recuerda el combate de Leonidas como un hecho de *estadística* (de *Themata*, II, 5).

(2) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio*, c. 53.—SISMONDI, *Histo-*

La Grecia poseía el tesoro de las literaturas antiguas, disfrutaba de las ventajas del Evangelio. Pero la erudición no basta para que un pueblo viva, la religión misma no es suficiente para darle vida; ha faltado á los Griegos la verdadera fe, así como la fuerza que da la libertad. Hay en aquella creciente decadencia, en el seno de una civilización aparente, una gran enseñanza para los pueblos de Europa. Muchas veces se ha comparado nuestro estado social con el del Bajo Imperio. Los defensores de la sociedad moderna presentan con orgullo nuestra riqueza literaria frente á la pobreza de la literatura bizantina. ¡Ay de nosotros si todo nuestro porvenir se funda únicamente en esta riqueza! Desde el siglo v al xv los Griegos eran relativamente tan sabios como lo somos nosotros en el siglo xix; poseían las obras maestras del pensamiento y del arte que los siglos no se cansan de admirar. Aquella brillante cultura era una herencia de su raza. Sin embargo, en medio de aquellas riquezas literarias el pensamiento se enervaba, los sentimientos perdían su grandeza, la nacionalidad se moría. Bizancio era como una mala parodia de Atenas. ¿Por qué aquella irremediable decadencia? La sociedad estaba viciada en su esencia; le faltaban los elementos de la vida. La energía moral había perecido en medio de la corrupción material, y la corrupción había engendrado el despotismo. ¿No es éste el espejo de las sociedades modernas? ¿De qué sirve nuestra riqueza intelectual, si, á la manera del tesoro del avaro, no produce ningún fruto, porque no tenemos fuerza para hacer pasar la ciencia al terreno de los hechos? ¿De qué sirve nuestro desarrollo intelectual si nos enervamos en los goces de la materia? ¿No llegará un momento en que, para entregarnos tranquilamente á nuestros placeres, estaremos dispuestos á sacrificar el bien más precioso del hombre, que es la libertad? ¿Qué faltará entonces á nuestra época para parecerse al Bajo Imperio? Unos cuantos siglos de esta vida sin alma serían bastantes para arrastrar á la decadencia bizantina á los pueblos más felices de nuestra civilización.

La Europa se ha encontrado ya en este estado de decrepitud.

ria de la caída del Imperio romano, c. 24.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 340.

En el siglo v, la Italia, las Galias, la España, estaban aparentemente civilizadas, y parecía que el cristianismo daba un vigor nuevo á las poblaciones embrutecidas por el paganismo. Sin embargo, ¿qué hubiera sido de las naciones europeas si la dominación romana se hubiera mantenido en Occidente? Vamos á responder con la historia del Bajo Imperio en la mano. Los Galo-Romanos hubieran conservado los restos de la cultura antigua como los Griegos de Bizancio; la Europa hubiera llegado, como Constantinopla, á ese estado de barbarie civilizada, que es mil veces peor que la barbarie salvaje, porque seca las fuentes de la vida; el cristianismo hubiera sido corrompido por la decadencia general; el despotismo y la opresión fiscal, que arruinaban ya á las provincias de Occidente, hubieran consumido hasta la última gota de su sangre. ¿Quién nos ha salvado de la muerte? Dios y los Bárbaros.

¿Debemos deplorar que los sectarios de Mahoma hayan reemplazado á los discípulos de Cristo? Los Árabes no han detenido el desenvolvimiento del cristianismo; no ha perecido nada de lo que tenía verdadera vida. La historia del Bajo Imperio nos hará ver una religión bastardeada, que enerva las almas en lugar de fortalecerlas; una Iglesia servil, dispuesta siempre á consagrar con su autoridad los caprichos del despotismo. No fué el Corán el que implantó el despotismo en Constantinopla; el poder de los emperadores cristianos era tan absoluto como el de los déspotas de Oriente; aún había algo de más abyecto en su dominación, porque era el reinado de la corrupción y de la decrepitud.

Si se considera el imperio griego en su aislamiento, ofrece el espectáculo más triste; una brillante civilización que muere en una decadencia vergonzosa. Pero, si se le pone en relación con los destinos del género humano, no hay historia más rica en enseñanzas; parece hecha para convencer á los que niegan la acción de Dios en la vida de los pueblos. Bendigamos á la Providencia que nos ha salvado de la más triste de las muertes, de la decrepitud del Bajo Imperio; pero saquemos provecho de la justicia divina que resplandece en el castigo de una raza degenerada: *el materialismo y la tiranía traen como consecuencia la muerte.*